
La Vuelta

Juan José Morosoli

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8528

Título: La Vuelta

Autor: Juan José Morosoli

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 2 de marzo de 2025

Fecha de modificación: 2 de marzo de 2025

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La Vuelta

El viejo Hernández le llevó el pedido de "la patrona" —su tía— de que volviera. Y él volvía, pues "no tenía nada que agradecerle" a la ciudad.

Al llegar se encontró con el velorio del tío. Llegó pues a acompañarlo por última vez. A su tía —la viuda— no entró a verla.

Cuando se fue tenía diez y seis años. Era menor de edad, pues. Y podían haberlo detenido si él —o ella— lo hubieran ordenado. Porque el tío era el tutor.

Pero no. No pasó nada. Es decir "pasó" que se encontró con veinte pesos en el bolsillo.

—Estuve por darme vuelta —le contaba a Hernández— porque a lo mejor mi tía me los había puesto para hacerme prender por ladrón...

Pero las cosas pasaron de otro modo según Hernández se lo aclaró. Ella misma le había informado de esto, cuando le pidió que lo fuera a buscar.

—Ella vio cuando escondiste la muda de ropa y los botines ... Te puso la plata para que no pasaras hambre.

Era un niño cuando lo llevaron allí. Fue cuando murió su madre. Y fue la primera noche que le oyó decir a la mujer:

—Acostalo en el rancho largo... Aquí puede ver cosas que no le convienen...

Y se quedó solo —solito— en aquel rancho ladero del de la

pareja, mitad granero y mitad cocina, llorando hasta que se durmió, acunado por el ruido que hacían los chanchos, rascándose en los palos del chiquero que estaba tras la pared.

Después, mañanas con heladas. Y veranos con los pies ardiendo, entamangado hasta el mediodía, cuidando que los bueyes no se fueran a los sembrados, o días y días de otoño desgranando maíz, marlo con marlo. O cosechando porotos de manteca, caminando sobre las rodillas de no poderse parar luego del trabajo.

El tío, como un buey, obedeciendo. Era hombre porque tenía pantalones y bigotes. Siempre mirando el suelo. Flaco, que parecía estarse secando por dentro.

Ella no. Era una mujer ágil que parecía pisar en el aire. Salía poco de los ranchos. Cuando lo hacía se ponía unos lienzos volantes en la cabeza para defenderse del sol.

A él no lo miraba nunca de frente. Le daba las órdenes dura y breve.

—Andá a tal cosa... Hací tal cosa...

Una vez él la miró de frente. Le encontró los ojos diferentes a la voz. Eran unos ojos con la mirada descansando sobre él, como una luz suave.

Y un día, haría dos o tres años —antes que él huyera— pasó aquello en la cañada. Se estaba bañando con el agua hasta el ombligo, cuando se encontró de golpe con la cara de ella que parecía estar sola —sin su cuerpo—, entre los juncos.

—¿Estás bañándote? —le dijo, y sin esperar respuesta agregó:

—¡Qué cuerpo estás echando!

A las casas no llegaba nadie. Tampoco ellos hacían visitas. Al terminar la jornada él iba al rancho largo. Y ellos se

quedaban allí tomando mate, callados y alejados entre sí. El, con la cabeza echada, la mirada sobre la pava que tenía entre las piernas. Ella, de cabeza levantada, como buscando con la nariz un aire alto, o esperando ver aparecer algo desde lejos.

* * *

Volvía con dos o tres linderos. Cuando llegaron al alto divisaron el rancho del difunto. Ya habían quitado la bandera negra que indicaba el duelo. La costumbre quería que a la doliente la acompañaran los parientes tres o cuatro días. Al salir el último acompañante se quitaba la bandera. Era la señal de que el duelo había terminado. Se conocían casos de gentes que al otro día del sepelio quitaban la señal. Pero esto que ahora veían no se había visto nunca.

—¡Quiere estar sola ya!... ¡Qué mujer bárbara!...

El consideró la situación. Ir a la casa tenía que ir. A ofrecerse para algo. A saber qué pensaba hacer ella, para saber lo que iba a hacer él.

Al llegar a la portera se cortó del grupo.

—Bueno, vecinos... ¡Vamo a ver por allá!...

Replicó Hernández:

—Me parece que poco vas a calentar el banco...

Él agregó:

—Y... alguno habrá quedao con ella...

—¡Parece que no te animás a ir solo!...

* * *

Ella estaba en la pieza donde estaba la cama en la que había muerto el hombre y otros más —la otomana matrimonial— y

una silla con las ropas del difunto. Debajo los tamangos grotescos y las lonas de retobarse los pies.

Y como una afrenta otra silla con ropas de ella, blancas, azuladas de añil y frescas como si tuvieran una helada encima. Y al fin cuatro cajones, con los candeleros y los restos de velas.

Él entró y le tendió la mano.

—¿Viste cómo terminó? —dijo ella y agregó: —Andá sacando todo, menos mi ropa y la otomana...

* * *

Había terminado.

—Ahora quédate tranquilo... Voy a cebar mate...

La noche llegaba despacio vaciando la tierra de árboles y ruidos. Cuando ella llegó, sólo se veían las luces lejanas de los ranchos.

Se sentó cerca de él. La sintió dejarse caer liberada de toda otra cosa.

—¡Ahora sí! —dijo como si hubiera terminado definitivamente con algo.

* * *

La sentía respirar. Miraba hacia afuera, pero veía la ropa aquella, blanca, fresca y dura, como con una helada encima, que tenía a la espalda.

Tal vez habían estado mucho allí, cuando ella sintió que podía decir —al fin— todo aquello que la había hecho tan cerrada y dura para los demás. Se dio cuenta —sin duda— que él estaba blando y dulce, ya sin el muerto y sus recuerdos, para oírle la revelación.

—...Cuando nos casamos ya no tenía naturaleza... Un buey le dio una patada allí, donde el hombre es hombre...

—...Él creía que trabajando y guardando plata cumplía... Al final yo ya no podía verte ni oírte... Estaba acostada con él y me parecía que tenía el cuerpo prendido por dentro... No dejaba arrimar vecinos... Cuando te fuiste ya no podía más...

Dulces las palabras. Profundas. Estaba casi ronca, lenta y agotada.

Las luces de los ranchos se iban muriendo.

Ya no existía nada más que aquella voz que también iba muriendo, quemada por la sangre de la mujer. Aquella ronquera que él —que sólo oía— también sentía dentro de sí, quemándole.

Y aquella ropa azul, fresca y blanca que estaba detrás de él, como una cosa viva del rancho.

* * *

Fue a los tres o cuatro días que salieron al campo siguiendo la yunta de bueyes y el arado.

La mañana estaba llena de sol, árboles y pájaros.

Ellos iban detrás del arado. Débiles y felices, como dos convalecientes.

Juan José Morosoli



Juan José Morosoli (Minas, 19 de enero de 1899 - Minas, 29 de diciembre de 1957) fue un escritor uruguayo referente de la narrativa de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a la generación del Centenario.

Su obra de corte criollista está centrada en el hombre de campo y su ambiente rural o de pueblo chico. La soledad, la muerte, los personajes simples y humildes, los oficios en

extinción, la transición entre el gaucho y el campesino, establecido muchas veces en condiciones miserables, forman parte de sus relatos breves enmarcados en la literatura posgauchesca de su país.

En colaboración con Julio Casas Araújo escribió tres piezas teatrales entre 1923 y 1926: Poblana, La mala semilla y El vaso de sombras. Fueron estrenadas en Minas y Montevideo.⁴ Poblana, cuyo texto se extravió, fue estrenada en diciembre de 1923 en el teatro Escudero de Minas, por la compañía de Carlos Brussa y con la dirección de Ángel Curotto. En 1925 la misma compañía estrenó La mala semilla. En 1926, con Curotto como director, la compañía de Rosita Arrieta estrenó El vaso de las sombras en el teatro Lavalleja de Minas.

En 1932 publicó en Minas el volumen de cuentos Hombres, reeditado en 1942 con modificaciones (tres cuentos suprimidos y cinco agregados) y prólogo de Francisco Espínola. Colaboró en 1933 con la Revista Multicolor de los Sábados (dirigida por Borges y Ulyses Petit de Murat) del diario argentino Crítica y a partir de 1934 con cuentos y artículos en el suplemento dominical de El Día de Montevideo. Desde 1940 lo hizo en el semanario Marcha, desde 1944 en la Revista Nacional y desde 1948 en Mundo Uruguayo.

En 1936 publicó "Los albañiles de Los Tapes". Le siguieron "Hombres y mujeres" (1944), "Perico" (1947, cuentos para niños, uno de sus trabajos más populares), "Muchachos" (1950, su única novela) y "Vivientes" (1953).

Estos títulos le otorgan el favor del público y de la crítica, entre los que se cuentan los responsables de la revista Asir que pasan a considerarlo uno de sus maestros. Fue uno de los más importantes cultores del cuento corto en Uruguay en los que rescata las vivencias de los personajes anónimos de pueblos del interior y de zonas rurales de su país.